

Cultura popular y género: ¿Por qué duele el amor?



Introducción

Para entender el sufrimiento amoroso es esencial entender el yo moderno, y las estructuras culturales, sociales e institucionales en las que éste opera. El amor se presenta como el paradigma de la vulnerabilidad de este yo moderno, alienado y hecho responsable de su sufrir, que anhela autorealización también en el ámbito emocional y está condenado al fracaso por la red de contradicciones que presenta el mundo moderno – la autonomía y la necesidad de un alivio colectivo, la mercantilización y el carácter abstracto e idealizado del amor, las fluctuaciones emocionales...

En este contexto, la búsqueda de la seguridad y el compromiso es un desafío, pero a la vez resulta imposible reconfigurarnos para buscar otro destino. Existe un “atrapamiento del yo” en las instituciones de la modernidad, y es ésta claustrofobia el origen de la ansiedad y la insatisfacción provocadas por las experiencias amorosas. A su vez, la modernidad seculariza el amor, emancipándose respecto a la autoridad religiosa y exhibiendo una expresión de estos afectos leída como “liberal”. Esta autonomía radical es incompatible con una fe que dibuja un amor colectivo, que parece obstaculizar el proyecto emocional individual.

Una serie de nociones arcaicas y contradicciones culturales tejen el campo de batalla actual en el que amar y ser amado, estructurando una idea de la identidad y del yo que dificulta las pasiones. El amor no es entonces una responsabilidad exclusivamente individual; y des de luego no es nuestro.

Históricamente, el efecto desembriagador que trae consigo el paso a la modernidad afecta de manera evidente al amor; que es en su centro belleza y ficción. No hay cabida para gestionar dentro de lo que el pacto social considera “sano” algo tan poco moderno.

Esta impotencia es acompañada de una percepción cultural generalizada de las experiencias difíciles atravesadas en relación al amor como un error, una dolencia carente de herramientas de autoayuda. Esto se ejemplifica con la presencia de la psicología pop en las redes sociales, infogramas que lejos de aliviar los gemidos y los gruñidos de una población enamorada y confusa, magnifican su dolor con una dosis de desengaño y autoflagelación: Sé cuáles son las herramientas, ¿qué estoy haciendo mal?

Una de las contradicciones principales de amar en la modernidad es la idea herméticamente configurada en el individuo de la necesidad de una autonomía radical en

su búsqueda de la autorealización. Esta idea tiene que convivir con la necesidad de este individuo alienado de encontrarse abrazado por estos afectos así como un éxtasis en esta cesión de la autonomía tan férreamente protegida y venerada por ambos sujetos en la pareja, vulnerables e incommunicados.

Esta colocación de la responsabilidad de su fracaso en el individuo es consecuencia de una serie de factores. En el centro de estos, la idea de que “el dolor está inscrito en el yo y su capacidad de autoconfigurarse”. Esta concepción es peligrosa al ignorar que, como afirma Eva Illouz¹, cuando padecemos o cuando nos enamoramos, estamos operando sobre circunstancias que no son nuestras, por mucho que ese sentimiento lo reclamemos como propio. Somos libres de amar como queremos en la medida en que las circunstancias nos permiten ser libres, y nuestra pasión está configurada por fuerzas complejas y ajenas.

Se habla de unos fracasos inconscientes y de un autoboicot, éste es el trabajo del psicoanálisis postmoderno en su intento de establecer un muro entre aquello que queremos y aquello que queremos. Las “herramientas” que utilizamos son prestadas y las situaciones que vivimos también. Las desigualdades sociales se manifiestan de igual forma en el cariño; existen privilegios en la elección de los términos en los que se ama. Convertidos los individuos en objetos de consumo romántico, estos privilegios se convierten en ventajas en una negociación de un capital *eróticosocial*.

La inflación de la importancia del autoconocimiento psíquico y las experiencias infantiles como raíz de nuestro comportamiento en la edad adulta responde a una necesidad social de autoanálisis referencial en un anhelo de control a la vez que de una actitud de autofelación, que a la vez contribuye al alienamiento en su perpetuación de la frustración y la desesperanza al ver que no somos capaces de hacernos con la solución.

El análisis de la experiencia romántica en estos términos – una disciplina híbrida entre la psicología pop, la normalización de cócteles farmacéuticos y una pobre interpretación del psicoanálisis – hacen entrar el amor en el ámbito de la psicología clínica, que no deja de ser parte de la esfera de control del capital. Este fenómeno dificulta a su vez la experiencia

¹ Illouz, E. (2012). *¿Por qué duele el amor? Una explicación sociológica*. Katz Editores.

emocional *subjetiva* a causa de la noción de que el sufrimiento respecto al amor es enteramente una responsabilidad individual.

Por otro lado, Illouz habla del poder como piedra angular de las relaciones sociales, y es imposible hablar de poder en el ámbito sociocultural sin entenderlo directamente ligado a al género.

Uno de los recursos que usa eficazmente Illouz para probar esta idea es una contextualización histórica de las prácticas amorosas: En el pasado, la figura femenina podía encontrar un refugio en el vínculo amoroso como garantía de status social, una cierta noción de libertad. Por otra parte, a medida que avanza el camino hacia la igualdad en términos de género, es mayor la importancia del amor a nivel cultural. En este sentido, Illouz reivindica la fuerza de la ideología del amor para subvertir el patriarcado desde dentro.

La idea del amor, liberada de sus implicaciones históricamente sesgadas por el género, dota tanto al individuo como especialmente al colectivo de una sensación liberadora, de una esperanza lejos de la razón eternamente entendida como cualidad masculina en un régimen de control y asfixia.

R e a l i t i e s

Especialmente en la actualidad, es importante entender el amor como el cuento fabricado y procesado de “autenticidad” y “conexión profunda”. En este sentido, los *realities* nos sirven como ejemplo evidente de la promoción de la existencia de una identidad genuina y una autonomía radical: el amor moderno idealiza estas mismas cualidades de forma paradójica en una sociedad que se juzga a sí misma como superficial. En el plató eróticosocial existen los confesionarios, existe nuestro anhelo hacia un arco de personaje estéticamente satisfactorio.

Esta premisa, “encontrar el amor verdadero” es el preámbulo hacia la familia nuclear, el lavaplatos y las vacaciones en la playa. Resulta revelador observar cómo, bajo este enunciado profundamente ligado a los postulados de la monogamia y la familia nuclear, la búsqueda en muchos de estos *realities* se lleve a cabo a través de un proceso dolorosamente polígamo, exponiendo la crisis de los cimientos sobre los que levantamos nuestras expectativas amorosas. El éxito de formatos como *La Isla de las Tentaciones* es especialmente ilustrativo de este fenómeno, en ocasiones parece como si el programa problematizara activamente la noción de la monogamia.

Ya entendiendo que, como productos culturales, estos *realities* exponen y moldean nuestra identidad en relación a los asuntos amorosos, resulta interesante instrumentalizarlos como objeto de estudio, hiperbólicamente sintomático de estas tensiones.

Los arcos dramáticos de las parejas que participan en la telerrealidad siguen un curso de tres actos sentencial, en que existe poco lugar para las dudas y los matices. Cuando finalmente se establece la ya mítica “conexión” deseada, se asume, en una especie de pacto de pacto ficcional – una suspensión temporal de lo que sabemos que es verdad – que más allá del último episodio la pareja será feliz para siempre. Este fantasma proyectado hacia el futuro es una reproducción exacta del proceso cognitivo de nuestras expectativas románticas.

Parece una afirmación repetida constantemente de diferentes formas, algo así como: Existe un destino, estamos a salvo, el amor nos encontrará al final y todo está escrito, que recuerda a lo que un día fue la convicción católica de una salvación final.

Hay otro género de telerrealidad que es también revelador de tensiones sociales en auge: El de tipo *Love is Blind* o *The Circle*, en que desconocidos son colocados en un espacio de hipervigilancia con el objeto de establecer vínculos fuertes y demostrar el poder de la “Conexión”. Como espectadores, reproducimos una fantasía voyeur que es claramente una proyección fruto de los estragos que las redes sociales y el estado constante de control han tenido en nuestro espíritu. Respecto a esto, Illouz seguramente hablaría de “convertir la inseguridad ontológica en un rasgo crónico de nuestra existencia” y de vulnerar cada vez más la organización de la identidad y el anhelo.

¿Cómo afecta esto al erotismo y al deseo (en tanto que parte de la psique, de ese modo susceptible a cambios estructurales en la esfera social)? Me refiero al erotismo entendido como el imaginario individual y colectivo creado alrededor de la atracción sexual, ahora tratada como capital. En la suerte de espectáculo de este capital concreto, la apariencia y la subjetividad del deseo están subvertidas por la lógica acumulativa del capitalismo, creando a su vez tensiones en nuestra conciencia entendiendo que el deseo da forma, en parte, a la identidad.

Mi hipótesis es que la juventud actual encontramos una “firmeza” en estos valores que nos aporta seguridad y sensación de compromiso en el contexto de inestabilidad y confusión que representa el amor en la época en la que vivimos.

Es interesante analizar esta nostalgia también en términos de género. Illouz habla del pasado como uno en que las cualidades de la mujer están relacionadas con su suavidad y las del hombre con su fortaleza, y el dominio de ésta última es “compensado” con una devoción absoluta por la figura femenina. En esta concepción de los roles previa a la modernidad, la seguridad en el ámbito amoroso es teóricamente abalada por la figura protectora de un marido, que también aporta seguridad en el ámbito económico.

Me parece importante recordar esto para contrastarlo con una corriente feminista muy a la orden del día, en que se vuelve, ahora “de forma activa” y reaccionaria, a estos ideales; se exige nuevamente que los hombres sean los responsables del capital económico,

relegando a las mujeres a unas responsabilidades relacionadas con aquello estético y afectivo que ahora se reclaman como algo novedoso, incluso post irónico y revolucionario. Esta idea puede remitir al realismo patriarcal mencionado antes, y su potencial revolucionario; en mi opinión, se reduce a un sentimiento reaccionario y potente que no puede sobrevivir como algo positivo en las mujeres en el panorama actual.

La apropiación “revolucionaria” de valores centrales de siglos anteriores como la caballeridad por jóvenes en la actualidad tan sólo son síntomas de la congelación del tiempo actual. Imposibilitados de imaginar un futuro, somos esclavos de las recesiones tanto económicas como culturales y estéticas, presos de una sociedad, colapsada y mareada, que tan sólo puede ir en bucle.

Esta idea extensamente manifestada en el ámbito cultural y económico, es ahora también aplicable a aquello ideológico, y a la falsa nostalgia que siente la juventud hacia un fascismo que se aplica en la sociedad actual de una forma que va más allá de aquello reaccionario. Porque, aunque lo es en su violencia, no es el mismo fascismo en tanto que la forma en que amamos no es la misma; estos jóvenes operan en el panorama en que pueden operar, unas circunstancias radicalmente distintas que las que existieron cuando florecieron estas ideologías de extrema derecha.

Esto es también interesante en relación a la “tiranía del rosa y el blanco”, concepto acuñado por Ann Douglas², que explica la tendencia del siglo XIX de las mujeres de explotar su identidad femenina para obtener poder.

Esta idea se ha hecho explícita en los últimos años, paralelamente a un progresivo abandono occidental de la idea del pudor o la modestia en la mujer, dando pie a fenómenos como la glorificación de Onlyfans. En este terremoto ideológico actual en relación al género, éste auge del contenido erótico como emancipación recuerda a ésta búsqueda –más allá de un juicio sobre si es más o menos contraproducente– relativamente lógica, de libertad dentro de las sólidas estructuras que siguen manteniendo en pie el teatro del género, la misma búsqueda que ha traído durante siglos a las mujeres al altar.

² Douglas, Ann. *The Feminization of American Culture*. New York: Alfred A. Knopf, 1977.

Las discusiones de Ylenia y Labrador resuenan en lo más profundo de nuestro imaginario y nos enseñan a amar, igual que ellos aprendieron a amar en los mismos términos que se nos prestan a todos. No debería, pero querer en la contemporaneidad duele un montón. Sin embargo, y puestos a inventar, es importante reconocer su potencia como motor psicológico y cultural, como ilusión necesaria para dar forma a las identidades y proyectos de vida de los individuos, proyectos vitales que no se adscriban a la lógica hostil de este clima postcapitalista, sino que nazcan de algo más cercano al cariño.